

La Esfera

10 Febrero 1917

Año IV.—Núm. 163

ILUSTRACION MUNDIAL



VALENTÍN, EL CAZADOR, cuadro de Adelardo Covarsí

DE LA VIDA QUE PASA
TAPICES DE GOYA



"La gallina ciega", famoso tapiz de Goya

El espíritu de Goya se nos ofrecerá siempre como un caso de extraordinaria complicación, y estamos ahí, en efecto, ante uno de esos hombres geniales cuya característica más atrayente es la variedad.

Pertenece Goya, por tanto, á la filiación de los caracteres múltiples, de infinitas fases y de imprevistas apariciones. Es una de esas almas que yo me obstino en comparar á los cielos de Marzo, llenos de sorpresas y variaciones, tan pronto aborascados como serenos, ahora fríos y después calurosos, pero á todas horas interesantes, emocionados y profundamente sugestivos. Es curioso poder seguir á ese espíritu intranquilo, mudable, que era D. Francisco de Goya y Lucientes, y asistir, como en un cielo de Marzo, á la cambiante rapidez de su humor vertiginoso. He ahí un pintor que se elevaba sobre las terrenales dificultades del oficio y se atrevía con todo. La vida del Arte no tenía para él secretos, y todo lo osaba. Y de esta multiplicidad proviene el carácter artístico de Goya, que semeja un pintor propiamente cósmico, hábil para abarcar los infinitos matices del color y de la forma y todos los asuntos y emociones.

Así pasa de la emoción serena de sus retratos á la sensual picardía de sus Majas, y de la tragedia de su Fusilamiento al aire optimista de sus Frescos. Y después, en fin, da un brinco extraño y salta de sus dibujos y Caprichos, empapados de violencia y de polémica, al alegre juego de sus Tapices.

En los Tapices, es verdad, parece recrearse el alma de Goya. Y no es que se humanice en ellos, porque Goya es una sublime expresión de humanidad en todos sus momentos; pero se diría que aquí el alma grande y furiosa del pintor desciende á flor de tierra y halla gusto en abandonarse, en reposar.

La gracia, el lujo, el donaire y la alegría corren por los Tapices como en un haz de cuentos amenos. Figurémonos á Dante entretenido en componer algunas narraciones del Decamerón; Beethoven componiendo *Las bodas de Figaro*. Esta aptitud para descender de la gran tragedia hasta el humor regocijado, está palpable en Shakespeare. Pero no debemos traspasar la frontera para extraer ejemplos de esa promiscuidad trágico-humorística; el genio español tiene esa aptitud alterna, duple, desconcertante, y á la fila de Cervantes y Quevedo debe añadirse el nombre de Goya.

Fantasia y novelaría, imaginación y movimiento, todo está incluso en los tapices; y el espectador transita ante ellos con la sorpresa de ver cómo la fecundidad y la creación son otorgadas á veces por el destino sin medida, con estupendo despilfarro.

Tenía Goya un temperamento de novelista, y es así como nos maravillamos de sus composiciones en que las figuras intervienen con tan estupendo movimiento de seres vivos, actuantes. No componía, pues, sus cuadros al modo del pintor, sino á la manera del novelista. Porque el

pintor que sólo es pintor, deja, como si dijéramos, sus figuras abandonadas en el cuadro á su propia suerte; las deja, por muy ilustre que sea el pintor, inmóviles en el cuadro; mientras que las figuras de Goya continúan viviendo, siguen moviéndose... Y el espectador, que sabe que *Los borrachos* de Velázquez y las hermosas mujeres del Tiziano no abandonarán nunca la actitud definitiva que les otorgara el autor, no está muy seguro de que los hombres del *Fusilamiento* no cambien cualquier día de lugar.

En los tapices se abandona Goya al regocijo de la composición, y cada cuadro es una escena, un cuento que vive. Además, ¡cómo se presiente la facilidad! Se comprende que la imaginación corre aérea y fácil, y otro tanto la mano.

Además, nuestros ojos reposan en esas escenas populares de los Tapices y recorremos sus paisajes, sus tipos, como á través de una función amable é ingeniosa. En algunos momentos salta, acaso, el espíritu de furia y de polémica; el partidista y el sectario (el plebeyo que hay en Goya) aparece en algunos Tapices todavía, como en la *Nevada*, el *Albañil herido*, la *Riña en la Venta Nueva*. Pero no insiste mucho en su furia, y su pincel traza amablemente esos cuadros de movimiento, gracia, lujo y novelaría pintoresca que se llaman *El cacharrero*, *La maja y los embozados*, *El baile en la Florida*, *La gallina ciega*.

José M.^a SALAVERRÍA

El más español de los deportes

En arreo de caza venía mi señora la Duquesa cuando Don Quijote topóse con ella en un verde prado, á caballo en un «palafren ó haca-
nea blanquísima adornada de guarniciones verdes y con un filón de plata. Venía la señora vestida de verde tan bizarra y ricamente que la misma bazarra venía transformada en ella. En la mano izquierda traía un azor...» En atavío cinegético pintó Velázquez Príncipes y Reyes y con lances de caza entremezcláronse las azañas de los más españoles de nuestros Monarcas. La caza fué siempre un deporte muy español, tal vez el único realmente español de los deportes.

Pobres, con hidalga pobreza en que se desconocían esas comodidades á que en el día damos el exótico nombre de *comfort*, siendo el fausto una cosa casi litúrgica, por ley natural amaron los nobles españoles—cuando los nobles eran los únicos á holgar—la tierra, el ejercicio violento de la caza que les llevaba á correr por ella y los caballos y los perros sus obligados compañeros.

Y á fe que el paisaje español concuerda á maravilla con el noble ejercicio de cetrería. Cielo azul-gris, campos ocres, grises, pardos ó amarillos, manchados por la negra silueta de las encinas y de los zarzales, lomas áridas y pedregosas y claros horizontes en que se destacan con crudeza nevados picachos. El alma ascética, áspera y concentrada de los hidalgos había forzosamente de placerse en la soledad bajo el cielo pálido y el horizonte diáfano.

Ahora, sin embargo, la caza elegante, sobre todo la caza con caballos y perros, tiene más de deporte inglés que del clásico ejercicio español. Así, en las tardes elegantes de la Venta de la Rubia, son las levitas rojas, las amazonas negras, los sombreros de copa, las gorras de terciopelo; son mujeres bellas y frágiles de un gran cosmopolitismo las que galopan por las lomas grises entre los setos negruzcos al alegre *halali* de las trompas de caza, emulando á los *sportsmen* correctos como Lores ingleses. Lue-

go, al acabar, es un instante de ternura por el caballo que mira con sus ojos húmedos y tristes y por los perros favoritos que sentados con la

lengua fuera y meneando la cola esperan una caricia de su ama. Pero presto todo lo que hay de naturaleza en ello se olvida y las muñequitas elegantes, ya en el *Chalet*, á los acordes de Boldi bailan el *Fox-trot* ó el *Rage-time-flirt*.

Pero aún quedan en los montes de Toledo y en las tierras de Andalucía nobles castillos donde se dan clásicas fiestas de montería honradas por Reyes. Aún, en la dorada belleza de un crepúsculo otoñal, podemos ver, avanzando por una verde pradera, como en el libro cervantino, una duquesa tal vez descendiente de la que hizo los honores al Caballero de la Triste Figura y tal vez como ella vestida de terciopelo verde. Es noble, joven, virtuosa, bella y jovial. Y es seguro que si el buen Don Quijote reviviera sería recibido con todos los honores y no faltarían ni la Condesa de Trifaldi, la noble Dueña Dolorida, ni tal vez el Clavileño, ni de seguro la insula para Sancho.

Antonio DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE RAMÍREZ



LA ESFERA

PAISAJES GALLEGOS



EL PAZO DE LOS EUCALIPTOS, cuadro de Francisco Llorens

LA ESFERA

PANORAMAS ESPAÑOLES



LAS MONTAÑAS DE PANTICOSA

Fot. Hielscher

LA ESFERA

PANORAMAS ESPAÑOLES



EL LAGO DE BRACHIMAÑA, EN LAS CERCANÍAS DE PANTICOSA

Fot. Hielscher

PÁGINAS POÉTICAS

BARBARROJA



CÁMARA FOTO

Hacia Argel van las galeras;
armadas en corso van;
diez culebrinas por banda;
seis forzados por bancal.
Cada cual sus cien mosquetes,
con cien hachas de abordar,
y, en la proa, el pendón rojo
tremolando cada cual.
La galera capitana
cautivos lleva, además,
que, por ser la más temible,
Barbarroja en ella va.

Barbarroja está sombrío.
Bajo la barba feraz,
cruza los brazos de aleta
sobre el pecho de tirán,
y en su cinturón corsario
las pistolas forman haz,
recubriendo los broques
de su alfanje de Bagdad.
Frente á las costas de Túnez,

el cómitre da señal
que las naves de Andrés Doria
á la caza vienen ya,
y artilleros y mosquetes
unos vienen y otros van
con la pólvora y las mechas
y las hachas de abordar.
... Barbarroja está impasible
con los ojos en la mar...
¿En qué piensa?
¿Qué tendrá?...

Ya las naves de Andrés Doria
cerca, cerca, cerca están,
que al pendón blanco del Papa
se le ve ya blanquear.
Ya se miran los corsarios
en su puesto cada cual,
en espera de que dé
Barbarroja la señal.
... Barbarroja está impasible
con los ojos en la mar...

¿En qué piensa?
¿Qué tendrá?...

Los navíos de Andrés Doria
fuego y plomo lanzan ya.
¡Barbarroja está impasible
con los ojos en la mar!
La galera capitana
es silencio sepulcral.
Los corsarios no respiran
de lo atónitos que están...
De repente, un cañonazo
la galera hace temblar.
... Barbarroja está impasible
con los ojos en la mar!...

De su túnica corsaria,
con sus manos de titán,
una estampa de mujer
ha sacado con temblar.
—«Ojos míos, que érais míos,
y que míos no sois ya...
¿Qué es la vida y qué es la muerte?

¡Todo igual!...
Boca mía, que eres mía
y que mía no eres ya,
á mí me besabas,
¡á otro besarás!...—
¡Y estrujando aquella estampa
con sus manos de titán,
avanzó á una culebrina
con la mecha á foguear!...

De las naves de Andrés Doria
no se ve ni la señal.
Los corsarios vencedores
cercan á su capitán.
... Barbarroja está sombrío
con los ojos en la mar...
¿En qué piensa?
¿Qué tendrá?...

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJO DE VERUGO LANDI

RECUERDOS DE OTRO TIEMPO

EL TEATRO VENTURA

CUANDO, á consecuencia del matrimonio de la primera actriz y el primer actor, cerró sus puertas el lindo teatro que en su simpático hotel dedicara á su hija menor la duquesa de la Torre, bien pudo decirse que allí se puso el *Fin* á un tomo de la Historia de España. Después de aquel forzoso cerrojazo, la ilustre empresaria, que había reconcentrado en su hija Ventura todas sus ternuras de madre, todas sus vanidades de gran señora, todas sus esperanzas de mujer para su ocaso, puede afirmarse que no vivió, y ya en el declinar de su existencia, sin duda envuelta entre las brumas azules ó negras de sus recuerdos; en el desfile constante que, según el tiempo se va deslizando, todos estamos obligados á contemplar en nosotros mismos: tras las zozobras de las revoluciones, las angustias de las campañas, los



La compañía del Teatro Ventura, en la que figuraban la marquesa de Castellón, las Sras. de Luque, Lengo y Canedo y los Sres. Díaz de Mendoza, Crocke, Amézaga, condes de Bruguera y Romée, Larroder, el maestro Taboada y otros

esplendores de su corte, las intrigas de la política, los discreteos de la galantería, habrán aparecido constantes y luminosos los episodios de su teatro, aunque tras de ellos haya surgido la Intrusa, arrebatando cruel á la incomparable, á la exquisita, á la ideal marquesa de Castellón.

Porque el teatro Ventura, si para los amigos de la «gran duquesa» (que así se la llamaba) fué un centro de constante, de amena distracción, y para la compañía un *leit motiv* diario de alegres expansiones, siempre dentro de la más exquisita corrección, para la empresaria fué el consuelo de muchos dolores, porque si la Fortuna la acarició con esplendidez, la Envidia y la Calumnia torturaron sus más caros sentimientos, y es que ésta, como la desgracia, según escribió Emilio Ferrari,

*semejante al rayo
las altas cimas para herir prefiere.*

ooo

Las representaciones teatrales no eran por aquel entonces una nota excepcional en los salones. Fué época en que se rindió ferviente culto al arte, y en especial á la Poesía. Zorrilla encantaba constantemente á los contertulios de la duquesa de Vistahermosa; Grilo, con aquel su decir maravilloso, desde las regias estancias, donde se le escuchaba con deleite, descendía á todos los salones aristocráticos para aromatizarlos con los effluvia de su *Chimenea campesina* y sus *Ermilas de Córdoba*. Se sucedían en el Ateneo las lecturas poéticas y se solicitaban con verdadero interés de poetas y novelistas, pensamientos y cantares y pequeñeces para enriquecer los abanicos y dar valor extraordinario á los álbumes que ostentaban en sus tapas las filigranas del orfebre y los blasones de sus poseedoras.

Y en armonía con estas inclinaciones, todo el mundo era actor, y el teatro de Vital Aza y Eusebio Blasco fué aprendido, puede afirmarse, por toda la juventud de aquella época; porque no sólo en la aristocracia germinó lozana tan laudable afición: aun en las modestas reuniones de la clase media, tan donosamente caricaturizadas por Luis Taboada, triunfó Talía...

Después, el auto, el balompié, el polo, el tenis, todos los ejercicios corporales, han hecho irrupción, y lo que es peor, las exóticas costumbres de los grandes hoteles han cerrado las puertas de todos los salones, quitando la ocasión de

poder organizar una compañía, como no sea para una partida de polo, ó una carrera de *side-cars* ó cuanto más, para impresionar alguna película...

Aunque esto de la película, claro es que en su forma primitiva, también se cultivó en el teatro Ventura, dando cierta noche lugar á un incidente cómico-dramático que bien merece recordarse.

Cuenta quien lo cuenta, que el celoso padre de una encantadora criatura, reina por entonces de las bellezas de la época, tenía noticias muy verídicas de que el hijo de un duque era opositor á la blanca mano de aquella doña Leonor, aunque ésta, ciertamente, á pesar de la bonísima posición

del pretendiente, no le ponía buena cara. Juntos estaban la noche del cuento el galán y la dama, cuando la elegante sala del teatro quedó á oscuras para dar comienzo á las proyecciones,



VENTURA SERRANO
Marquesa de Castellón, en "El vergonzoso en Palacio"



LA DUQUESA DE LA TORRE
Fotografía hecha en 1888



Ventura Serrano, Clara Lengó, Rita Luque y el conde de Romrée



Ventura Serrano y Fernando Díaz de Mendoza en "El vergonzoso en Palacio"

y en el mismo momento descompuesto, congestionado, el padre á que aludimos, exclamó:

—¡Antonia! ¡Antonia! Esto no se puede consentir... Que se encienda ahora mismo...

En vano la duquesa y todos los concurrentes pretendieron convencer al timorato padre, dispuesto á no consentir la representación de las vistas preparadas; hasta que la hija, comprendiendo la intención de la protesta paternal, se levantó de su silla y fué á sentarse lejos de su rondador, en cuyo momento el intransigente padre exclamó satisfecho:

—¡Ahora ya puedes apagar, duquesa!

□□□

La compañía del teatro Ventura era principalmente dramática. Claro que había actores como el conde de Romrée, que era un excepcional actor cómico, pero á lo clásico, más para representar cualquier gracioso de Lope ó Calderón, que para personificar alguno de los infinitos frescos que nos han servido los autores de hoy en día...

En esta nota puede afirmarse que el teatro Ventura cimentó su superioridad sobre todos los que entonces y después han actuado. Son los aficionados, generalmente, inclinados á hacer reír, porque lo juzgan más fácil, y claro es que las más de las veces lo consiguen aun sin quererlo, pero atreverse con *La Capilla de Lanuza* y salir bien y más que bien de tal atrevimiento, es empresa que sólo llevaron á feliz término los distinguidos cómicos de aquella distinguida compañía.

Por cierto que una de las noches en que se representaba la citada obra de Zapata (pues en aquel teatro, como en los formales, á cada obra se le daban varias representaciones), un distinguido crítico de quien se demandó el juicio que le hubiese merecido, exclamó:

—Yo no hubiera tenido inconveniente en ser ajusticiado como Lanuza si venía á despedirme una Isabel como Venturita...

Y es que Ventura Serrano era todo un temperamento artístico. Prueba de ello fué la famosa representación de *El vergonzoso en Palacio*. Si en lugar de haber sido en aquel lindo y artístico escenario, pintado por Busato, si no nos engaña la memoria, hubiera sido en un teatro de veras, la encantadora aficionada se hubiera consagrado actriz. ¿Era su voz? ¿Era su encanto personal? ¿Era su sentimiento artístico, escapándose indó-

mito por sus labios y por sus ojos? Era... lo que era: una gran artista moldeada en una divina criatura... Al evocar esta obra se ha evocado á Fernando Díaz de Mendoza, y como el público ya se la ha visto hacer en serio, nada se puede añadir.

Ricardo Calvo, el insigne hermano de Rafael, no faltaba á las representaciones de la duquesa, y era un entusiasta admirador de sus artistas. ¡Qué ajeno estaría de que sus aplausos, fomentando acaso la inclinación de Díaz de Mendoza, le decidieran á dedicarse al teatro, para en él ser un rival afortunado del eminente actor!

□□□

Hemos citado antes al conde de Romrée como el actor cómico de la compañía, y así hubo de probarlo en la representación de *El loco de la guardilla*, viendo la cual el inmortal sainetero Ricardo de la Vega, dijo donosamente:

—¡Duquesa!... Después de ver este loco, hay para volverse loco!...

Era director y concertador el maestro Taboada, padre del actual, y justo es reconocer que no habría tenido jamás un coro tan disciplinado, en el que se destacaba, juvenil, alegre, pizpireta, la sin par Clarita Lengó, imprescindible en aquella casa, confidente y amiga de Venturita...

Tan satisfecha quedó la empresaria del éxito de esta zarzuelita, que con la base de Paco Crocke y de Merceditas Moltó, quedó organizado el cuadro musical, que representó con el mismo éxito *Buenas noches, señor don Simón*, *La Calandria* y algunas otras.

□□□

Como se ve, la compañía llegó á ser completa. No era, ciertamente, necesaria mucha influencia para contratarse. Se exigían dos condiciones nada más: ser sensible y ser artista.

La primera, sobre todo, era imprescindible. Fué en este salón, puede decirse, el primero en donde se estableció la costumbre de al entrar y retirarse besar la mano, por lo menos á la dueña de la casa. Era como el último homenaje que imponía por su pasado la hermosa mariscala. Instintivamente presentaba su mano enguantada, y un político muy galante, al ser presentado á la ilustre dama y reparar en la forma que le mostraba la mano, se quedó perplejo, por lo que la duquesa exclamó:

—Es para que bese usted...

—No acostumbro á besar guantes—exclamó el político, lo cual le valió el que rápidamente la duquesa le presentara la mano desnuda...

El examen de admisión consistía, generalmente, para los hombres en recitar, y como siempre había aspirantes, las noches que no había ensayos se pasaban agradablemente oyendo á los aspirantes. Y si después se captaban las simpatías de las damas, podían formar parte del cuadro artístico.

Tipo curioso y original era el apuntador. Se escriben estas notas, para servir á la actualidad, con cierta precipitación que no consiente el documentarse, y por ello no podemos dar el nombre de tan imprescindible personaje. Era hombre de edad madura, con luego barba blanca, fiel servidor de Fernando Fontanar (así se le llamaba entonces), y sobre todo, entusiasta por su modo de recitar, hasta el punto de que en cuanto salía á escena dejaba de apuntar y se dedicaba á jalearle. ¡Bravo! ¡Bien, D. Fernando! ¡Muy bien! Esto es lo que salía de la concha del apuntador poniendo en grave aprieto á los actores.

□□□

De esta compañía no salió más que una boda, la de Fernando y Ventura. Caso raro y singular, pues sabido es que estas bromas teatrales suelen ser obligadas oposiciones á la Vicaría...

Y si quisiéramos recargar las tintas oscuras que van consigo en todo recuerdo, hablaríamos de todos y cada uno de aquellos aplaudidos artistas que al cerrarse aquel teatro y aquel hotel para todos y para siempre, se dispersaron por los distintos senderos de la vida y algunos de ellos han ido cayendo al golpe seco de la guadaña de la muerte ó del infortunio...

Renovemos, al terminar estos apuntes, los aplausos que resonaron en aquella linda sala del teatro Ventura para que los escuchen los que aún sobreviven en el naufragio de los tiempos.

Y al evocar una vez más el recuerdo de la espiritual Venturita, eternamente unida al teatro de su nombre, digamos con Campoamor:

—¿Qué mal, doctor, la arrebató la vida?—

Rosaura preguntó con desconsuelo—.

—Murió—dijo el doctor—de una caída.

—¿Pues de dónde cayó?...

—¡Cayó del cielo!

KRONOS



ANÉCDOTAS LOS DOS MAESTROS

Aunque le dolía, Emilio de Luque tuvo que reconocer su derrota en aquella población costanera, asomada al mar desde un gentil alféizar de pinos y castaños.

Había llegado veinticuatro horas antes y ya pensaba tomar el tren, como un vulgar ciudadano, sin estrépito ni aureolas.

¿A qué negarlo? En Madrid era casi un gran hombre, una pluma encarecida, un prestigio. América, la atenta, devoraba sus obras. Al través de los Pirineos había saltado la voz insinuante de una casa editorial solicitando la traducción de *El Hermano*, una de sus novelas más lodas. El correo le traía diariamente cartas de admiradores exaltados, billetes de lectoras devotísimas.

Luque se paseaba por el cuarto del hotel, las manos en los bolsillos, fruncido el ceño.

A solas, sin espías, su vanidad flagelada podía seguir clamando.

Llegóse hasta aquella población para «documentar» una de sus futuras obras, que la masa intelectual esperaba impaciente. Luque, en el vagón, otorgó una sonrisa a la veta de mar, estremecido, roto en espumas, bajo el sol y las gaviotas, que anunciaba el término de su viaje.

Recelaba el recibimiento entusiasta en pleno andén, ante un grupo de profesionales, de periodistas, de notables de la localidad. Imaginativamente, Luque descendía de su departamento de primera, con cierta estudiada sencillez, que había de producir un exitazo de simpatía. Apretones de manos desconocidas; parabienes, saludos, frases balbuceantes de emoción. Un rumor sordo brotaría del inquieto seno de la multitud. «¡Luque!... El gran novelista Emilio de Luque!...» «Es ese, moreno, buen mozo, tan conocido en Madrid, célebre por sus novelas y aventuras...» «El incomparable, el insigne Luque!...»

Cuando el tren se detuvo, Luque se vió en pleno andén, solitario.

La visión que su fantasía de meridional forjara durante el largo trayecto, al través de montañas y castaños, habíase desvanecido livianamente. Luque tenía a su lado a su amigo Nava, director de un periódico local.

—¡Maestro! ¡Querido maestro!

El maestro procuró enmascarar con una sonrisa su primera desilusión. Pero ¿no sabían los señores de aquella capital provinciana que Luque, el famoso novelista Luque, llegaba en el expreso de las siete y cuarenta?...

Sólos, emprendieron el camino hacia la población. El puerto, lleno de mástiles y luces, exhalaba una bocanada salitrosa de breca y de reposo que Luque no se dignó respirar. Iba contrariado, oyendo la tumultuosa palabrería de Nava. Allí se leía poco: la gente era burguesamente iletrada; comerciantes, armadores, empleados... Iba a haber traído varios compañeros escritores; pero le faltó tiempo. Luego los vería en el Suizo. Porque el maestro acostumbraría tomar «su» café. El Suizo era el más importante.

—¡Oh! ¡Encantado!...—murmuró el maestro con elegante indolencia.—Pero tengo que aprovechar el tiempo... Mi novela ¿sabe? Hay que documentarse...

Y el maestro estuvo en el café y su irritabilidad se exacerbó. La tertulia era de muchachetes pretenciosos, que le acogieron con cierta mortificante democracia. ¿Emilio Luque? «¡Ah!... Mucho gusto... Le habíamos leído...»

Luque advirtió que aquellos genios locales no conocían ni el título de sus novelas más reputadas. Salíó iracundo del café, hundiéndose en su cuarto de la fonda, donde meditó un artículo terrible que publicaría en la Corte, arremetiendo contra la petulancia de la juventud provinciana y anónima.

A la mañana siguiente leyó *El clamor*, diario que dirigía Nava. Se portaba el muchacho. «Car-

net de viajeros. Ayer llegó a esta ciudad en el expreso, el ilustre novelista Emilio de Luque, nuestro querido amigo. Permanecerá entre nosotros una corta temporada. Sea bien venido.»

Luego le visitó Nava y comió con él. Irían al Casino, al Sporting Club... Y fueron: y la acogida «dispensada» al gran hombre, correctamente fría, acabó de exasperarle. No le conocían: aquellas gentes eran acémilas que no leían más allá de sus libros de caja. ¡Puaf!...

Luque volvió al hotel. Sentía un dolor punzante, en lo hondo, allí donde la vanidad de todo consagrado reina despótica.

Se miró al espejo y por entretener la espera fué a la peluquería que divisaba desde el balcón.

El oficial peluquero acudió diligente a su sillón.

—¿Afeitar?

—Sí, afeitar.

El consabido colega de Fígaro requirió la brocha y abrumó al parroquiano con su verbosidad bien probada. Luque respondía con monosílabos. Odiaba a estos mancebos de cabellera rizada como angelotes de retablo y de parla abrumadora.

¿Forastero? ¿Conocía la ciudad? Era bonita, pero estaba muerta, caballero. El comercio y la industria estancados. En la calle misma, más abajo, existían las tres peluquerías restantes de la localidad. Vivían misérrimamente, con un oficial y el maestro.

—¿Le molesta la navaja?

Luque, repitió, displicente:

—No, no me molesta.

La condenada hoja de acero le arrancaba tórpidas de piel. Pero ¿a qué protestar de esta navaja provinciana, habituada a rapar barbas feroces de cretinos?

El oficial proseguía lamentándose. D. Augusto, el diputado del distrito, no hacía nada. Era un poltrón...

Luque no se dignaba escuchar.
—¿Quiere el señor fricción de quina?...
El célebre novelista denegó. Le enojaba someter su cabeza á las manos inquietas del peluquero.
Entró el dueño del establecimiento. Acababa de cenar.
—Buenas noches.
—Buenas noches.
Al principio, el peluquero no pareció fijarse

—Perdón... ¿Usted es D. Emilio de Luque?
—Sí—repuso el novelista.
Hubo una pausa solemne. El peluquero, ruborizado, añadió:
—Me lo figuraba. Leí en *El clamor* que había llegado anoche y le he conocido esta mañana al verle por la calle con Navita... Navita es un buen parroquiano de la casa.
Luque, en pie, sonreía, esperando.
—Hace mucho tiempo que le leo á usted—y el

sombrero. Así, escoltado, salió del local, aspirando envanecidamente aquella tufarada de gloria.
—He tenido mucho gusto... En Madrid...
—¡Aquí nos deja, maestro, á sus órdenes, admirándole siempre!...
—Usted lo pase bien—añadió el oficial también emocionado.
—Buenas noches, maestro.
—Adiós, maestro.



en Luque; después, con la curiosidad del provinciano que barrunta un forastero, empezó á clavarle miradas tenaces.

Luque observaba en él, desde el espejo, cierto gesto singular, gesto de curioso que iba interesándole aunque sin saber, en realidad, el motivo.

Hojeó el periódico, miró hacia la calle... fingiendo cierta distracción de hombre mundano. Pero la fiscalización del maestro barbero proseguía.

Peinado, «hermoso» ya—aunque las mejillas le escocían bárbaramente—, se dispuso á salir. En aquella sazón el peluquero, que sin duda no podía ni debía refrenarse más, exclamó con sonrisa servicial:

peluquero iba animándose—y le admiro. *El hermano* es una novela magnífica, de lo mejor que se ha escrito «en el idioma de Cervantes»... Yo tengo un gran honor en saludar á usted, «gloria legítima», maestro ilustre...

Azorado, se detuvo, mientras Luque, un poco lisonjeado, sonreía otra vez.

El oficial les contemplaba estúpido. Los dos «maestros», emocionados, se miraban; charlaron unos minutos. Luego, al marcharse, el novelista hundió los dedos en su bolsillo para pagar. Pero el maestro barbero detuvo al otro maestro.

—¡Oh! ¡De ningún modo!... ¡Usted honra mi casa!...

Y corrió á la puerta. El oficial le entregaba el

—Señores...

Luque respiró, risueño, en la calle oscura. Donde menos pensaba, la gloria, el renombre, acababan de arrullarle. Ante el peluquero y su oficial continuaba siendo grande hombre.

—¡Estos son los únicos seres respetables de este pueblo idiota!—pensaba complacido camino del hotel. Su fama resplandecía áurea, multiplicada por los espejos de una peluquería.

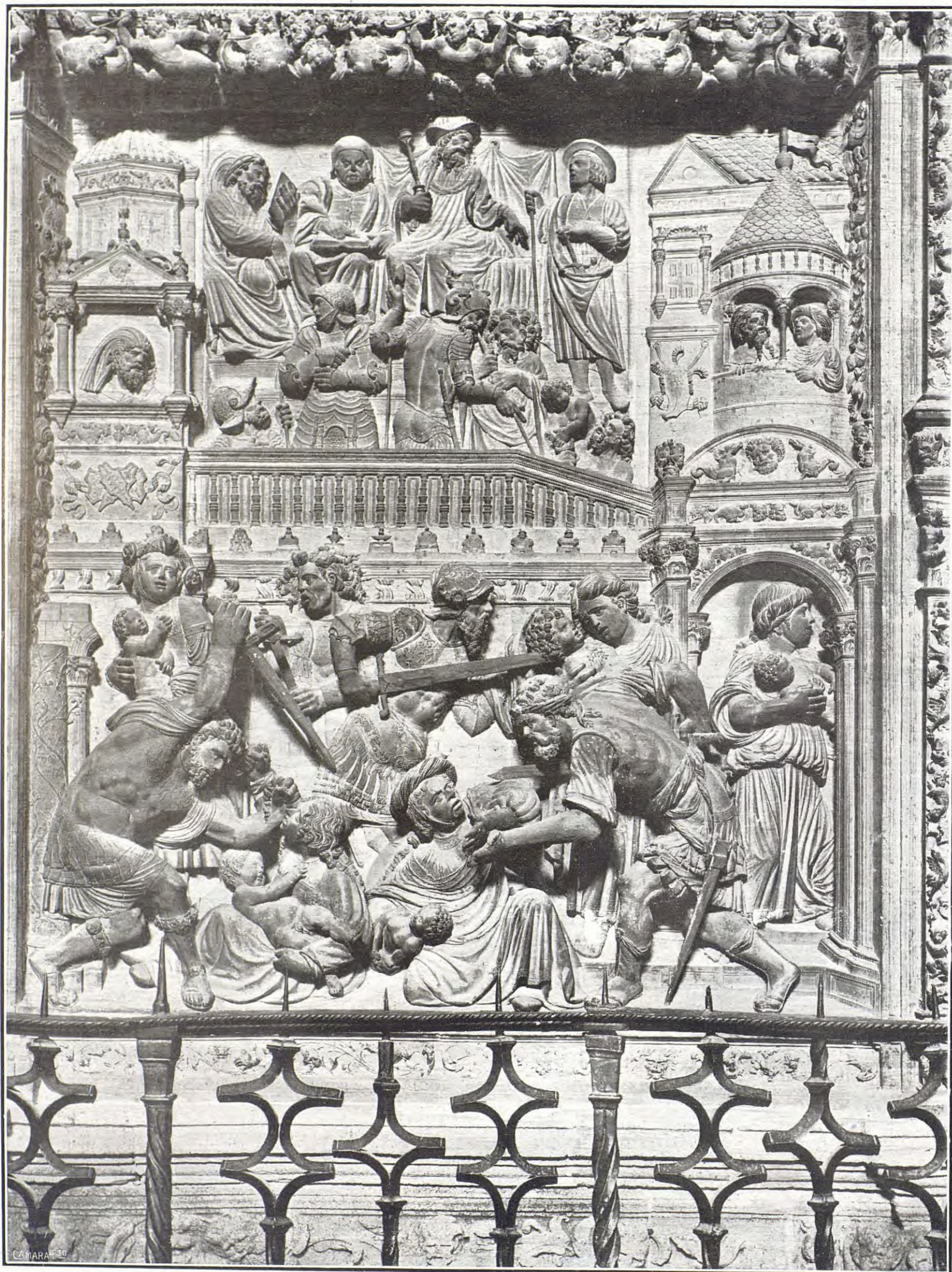
Y el famoso novelista, que tenía genialidades maravillosas, sonrió nuevamente.

—¡La verdad es que pude haber pedido fricción de quina!...

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJOS DE RIBAS

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



Avila.—Fragmento del magnífico trascoro de la Catedral, que representa la Degollación de los Inocentes. Este trascoro empezó á construirse en 1532 por los escultores Juan Rey y Luis Giraldo

FOT. LÓPEZ BEAUBÉ

MADRES DE LA PATRIA

Crónica premiada en el Concurso literario del Círculo de Bellas Artes



Mujeres inglesas dedicadas á trabajos agrícolas en una granja británica

«Me había convertido en un ser voluptuoso, y la voluptuosidad es un estado físico semejante al del morfomano, del fumador ó del borracho.»

TOLSTOY

Siempre supo apartarse de los placeres criminales...—Urbano VIII, Papa.—«La castidad de San Juan de Dios».

EL horrible espectáculo de la «gran guerra» cuyos cañonazos hacen trepidar los milenios cimientos de Europa, agita la conciencia de los pensadores, que se torturan en hipótesis y vaticinios sobre la suerte que aguarda á los supervivientes de la satánica tragedia. Y señalan «á priori», como primer postulado de sus afirmaciones, el futuro reinado de la sobriedad. Evidente. Pero el oscuro cronista piensa en los millones de mujeres condenadas á una castidad forzosa, después de la horrible siega de varones, y señala á esta virtud también un lugar preeminente entre las muchas que han de adquirir extraordinario florecimiento cuando se extingan las postreras luminarias del formidable incendio de la gran Sodoma. Y la mujer, que hace años viene luchando por la conquista de más amplios derechos que le permitan intervenir en la «cosa pública», vendrá á ser ahora, por el imperativo mandato de la necesidad, requerida para contribuir con su personal esfuerzo al resurgimiento de la Europa agonizante, invadiendo los talleres de la industria, los puestos vacantes de las factorías, los altos sillones de la Ciencia y del Arte, y los sillones de la sedentaria y necesaria burocracia.

He aquí el soberbio regalo de gloria que rinde Marte á la gentileza femenina: una corona de flores de bronce, que exige para su digno sosten sobre las sienes delicadas, estas dos preeminentes cualidades sublimes: castidad y heroísmo.

El terremoto ha destruido la ciudad matando á los varones, y la mujer no planirá desespera-

da y cobarde. La mujer de hoy, por sí misma, volverá á poner en pie las gigantescas construcciones que eran, por su altura, constante desafío de las nubes, y por su grandiosidad, maravilla del mundo. Las madame Curie, Grace Darling, Concepción Arenal, etc., ya no serán los únicos pilares de la excepción femenina que aspira á la inmortalidad. El horror ha inyectado en sus venas un fuego viril, y la cantada inutilidad exquisita, dulcísimo vaso cristalino, quebradizo y fascinante, va á pasar á la historia como la poesía de una edad pretérita, edad de abundancia, de lujo, de fausto, de elegancias,

«de góndolas y lirás en los lagos»

como canta Rubén, el magnífico.

¡Oh, mujeres independientes y animosas que, por triste error del concepto de vuestra misión, lloráis por un amor que no llegará á tiempo para destruir con su fecundación vuestra inestimable virginidad, no valorada en justicia en este siglo disoluto! Alegráos de vuestro destino, porque la cruz del martirio se ha trocado en símbolo grandioso. La madre Europa ha perdido los brazos, y los vuestros han de dar muestra al mundo de que saben también empujar el carro de la civilización.

Si aspiráis á un puesto en el mercado de los negocios públicos de la patria, demostrad que podéis salvarla también, y que no es sólo en el hogar donde puede adquirir su libre desarrollo el genio femenino. Y así, cuando la historia os cuente el largo y doloroso poema de vuestra sumisión al hombre y las sucesivas concesiones que os ha ido haciendo desde los tiempos bárbaros del mercado en la plaza pública hasta hoy, podréis exclamar con orgullo: ¡Hemos merecido la libertad y lo hemos demostrado al mundo!

¡Oh, vírgenes valientes y heroicas, que templáis ahora vuestro ánimo con el lacerante espectáculo de la cruenta carnicería! Flores de resignación, condenadas á marchitarse sin gustar la virulencia cáustica de los besos cálidos. No llo-

réis. ¡El sacrificio, si sabéis merecerlo, os arranca de la vulgaridad! Flores de poesía, si el amor os niega el premio de la maternidad, la castidad os brinda, como palenque glorioso, un amplio horizonte de honor y de conquistas. Es vuestro sino que os guía hacia la altura en este momento trágico y único de la historia. En adelante, el mismo código que os iguala al hombre en el castigo, no tendrá fuerza para sostener la negación de unos derechos idénticos, heroicamente merecidos. Habéis sabido ser hasta hoy en el hogar sublimes; continuad siéndolo en la plaza, en el foro, en el hospital, en la oficina, en el taller, en la cátedra y en el mercado.

Vuestro enemigo es la lujuria. Oponed á sus lacras fascinantes el escudo de la virtud cristiana. Que sintáis, como Juan de Patmos, el viejo virgen, «que la ardiente savia se convierte en agitación misteriosa». Esa agitación será el fuego que os dará vigor para la lucha; y la rosa del martirio sobre vuestras frentes, como emblema divino, os habrá granjeado un puesto en el Empíreo.

Pero el amor casto y fraterno no os está vedado. Y cuando alcancéis la inevitable senectud, no podréis llamaros abuelas de unos nietos que no tuvisteis; pero honraréis vuestro sexo y vuestros nombres con soberbio título de «madres de la patria», que hasta hoy sólo habían merecido varones eminentes.

Y las generaciones futuras, los tiernos infantes de hoy que beben en la sabia nutrición de sus madres el ardiente temblor de las batallas, tendrán para vosotras, vírgenes inoladas, una mayor admiración que para las otras mujeres, las que no supieron hacer más que traerles á este mundo de dolores. Porque éstas, como la hembra primitiva, han rendido su cobarde tributo á las pasiones y al instinto grosero; y vosotras no; vosotras, vírgenes heroicas, os habéis inmolado en aras de una idea sublime y fuerte: la salvación de Europa.

D. ROBERTO MOLINA



SOLDADOS INGLESES, PERTENECIENTES AL REGIMIENTO DE FUSILEROS DE MUNSTER, CONDUciendo UNA BATERÍA AL FRENTE DE BATALLA, BAJO LA ACCIÓN MORTÍFERA DEL FUEGO ENEMIGO

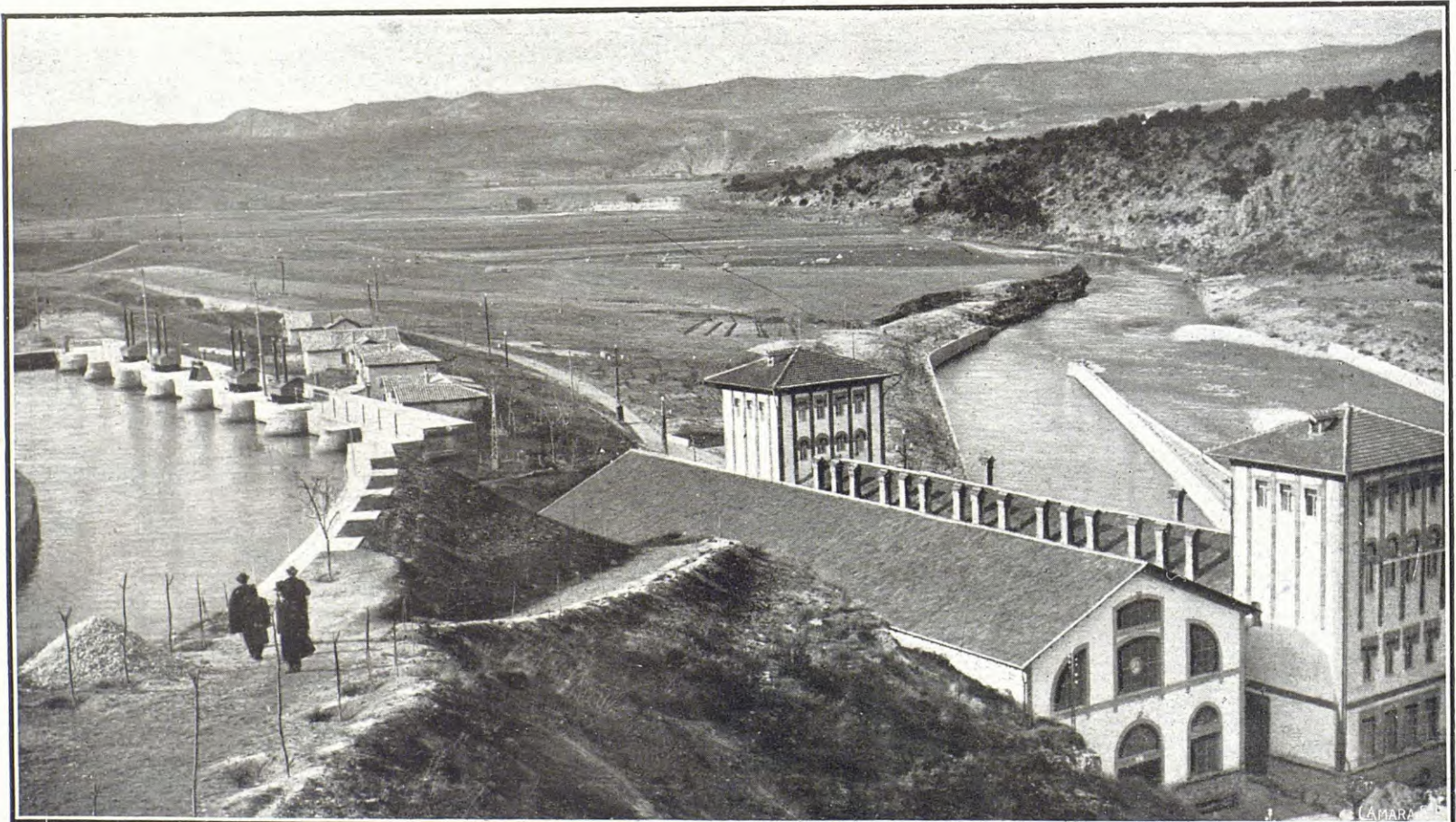
Dibujo de C. Clark



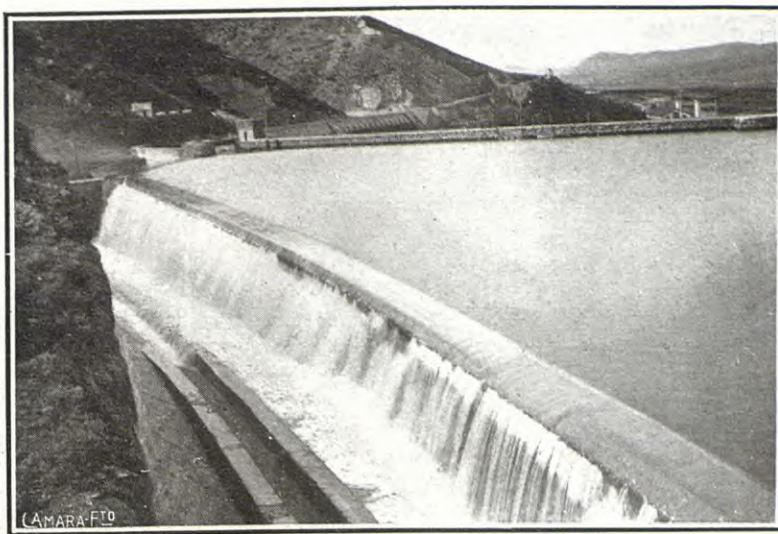
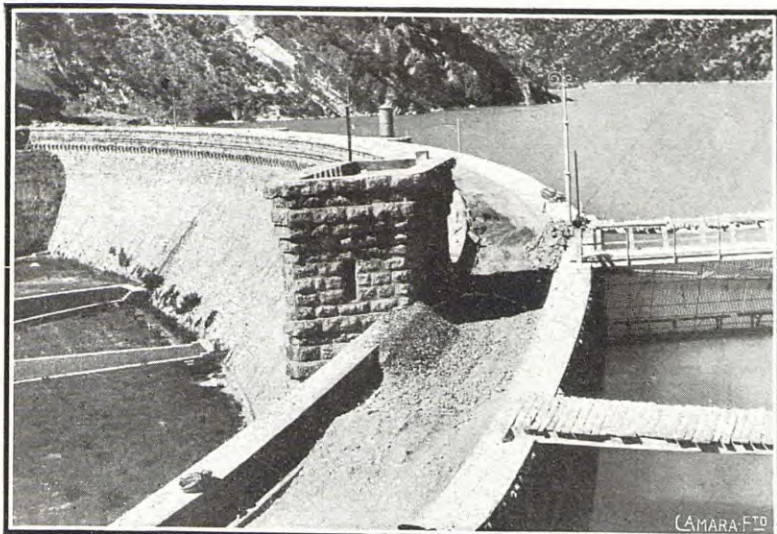
PRODIGIOS DE LA INGENIERÍA EL SALTO DE BOLARQUE



Vista general del embalse en la confluencia de los ríos Tajo y Guadiela



Vista de la presa y de la Fábrica de Electricidad



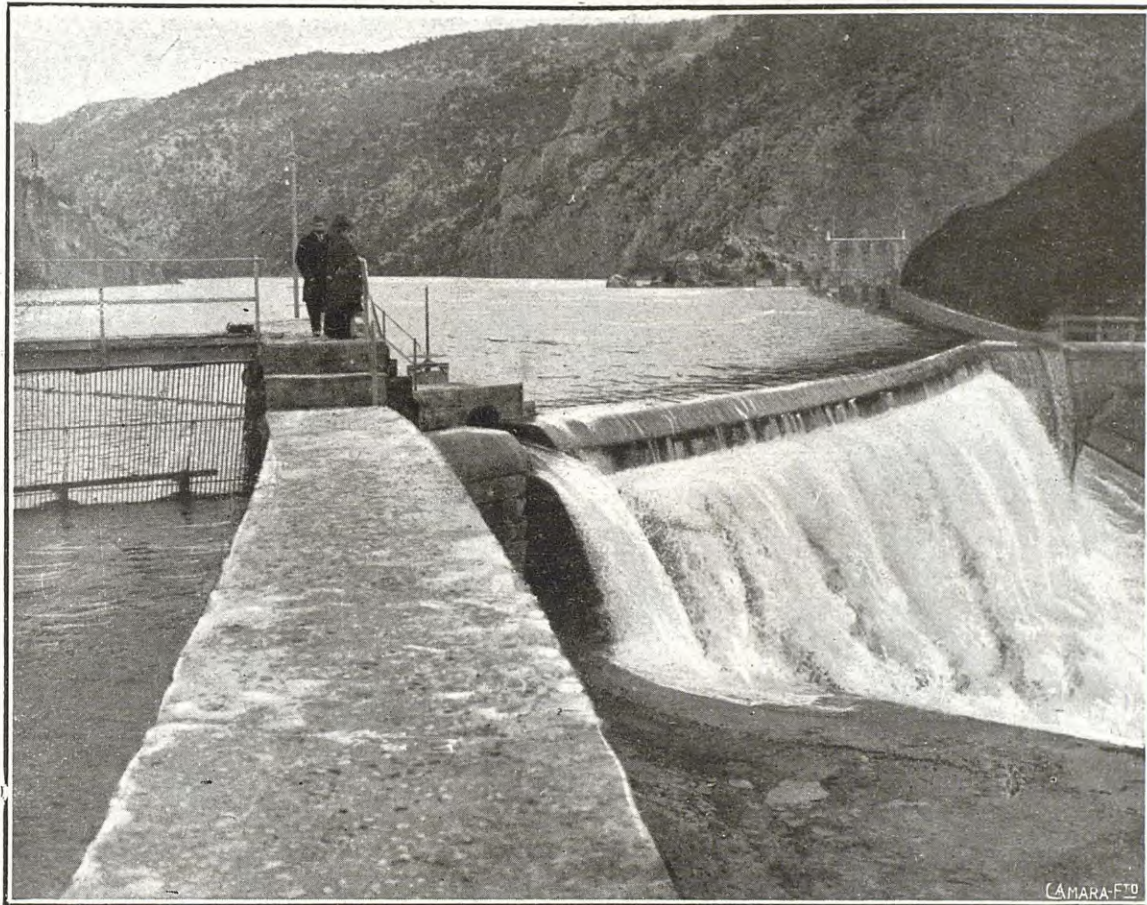
Detalles de la magnífica obra hidráulica realizada para la construcción del salto de Bolarque

UNA de las obras que honran á la ingeniería y á los grandes capitalistas españoles, es el llamado Salto de Bolarque, en las cercanías de Madrid.

Hállase situado en el término municipal de Almonacid de Zorita, partido judicial de Pastrana, provincia de Guadalajara.

Debióse su construcción á la iniciativa del Sr. D. Juan Ron y Alvarez y del Excmo. Sr. D. Juan Manuel de Urquijo y Urrutia, marqués de Urquijo, fallecido no ha mucho, quien al patrocinar este hermoso proyecto demostró una vez más su entusiasmo por la industria española, su ejemplar patriotismo.

Representó al marqués de Urquijo en este asunto, su hijo mayor don Estanislao, actual poseedor del título, aportando con el Sr. D. Juan Ron el nuevo negocio á su actual propietaria la Sociedad anónima *Unión Eléctrica Madrileña*, cuya gerencia ostenta D. Valentín Ruiz Senen. Las obras, verdadero alarde de saber técnico, -y

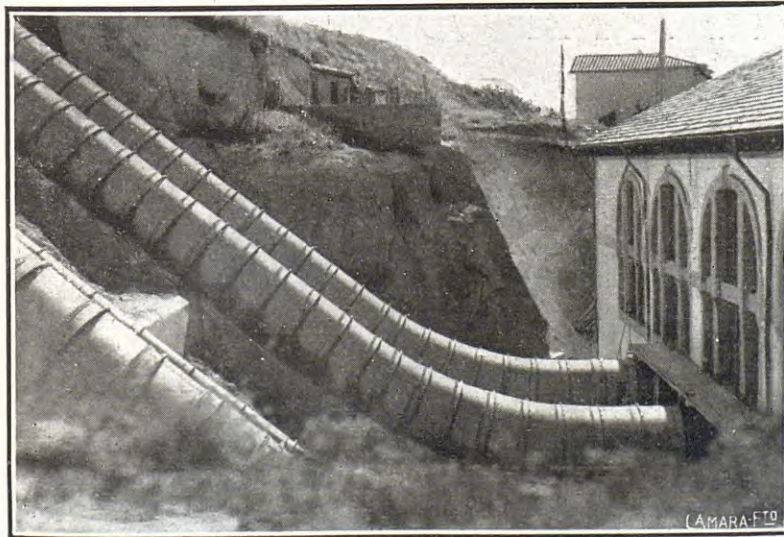


Vista de uno de los muros de desagüe

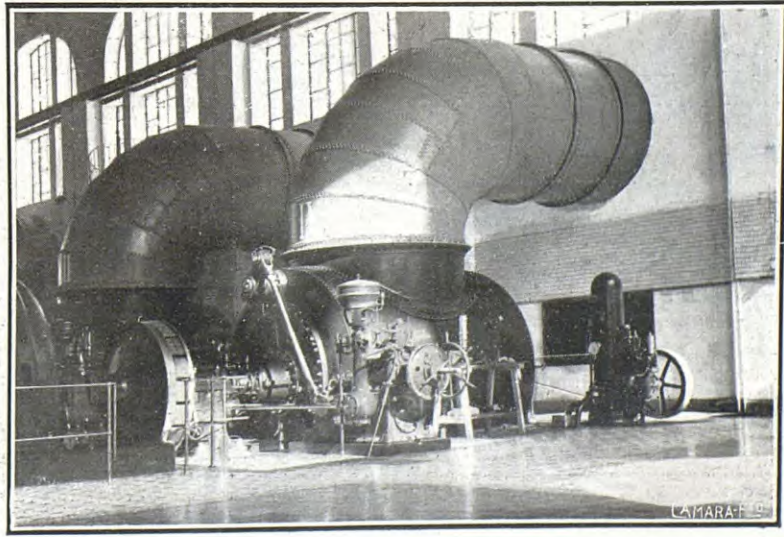
en la que se emplearon millares de obreros, dando amplio margen de beneficio á la mano de obra española, se realizaron bajo la dirección y con arreglo al proyecto del distinguido ingeniero de Minas D. Luis de la Peña.

La maquinaria, instalada la mayor parte y en montaje la otra, permite obtener un rendimiento superior á 21.000 caballos, en cinco grupos; de 4.000 cuatro de ellos y de 5.500 el quinto. Las turbinas son horizontales, de la Casa Briegleb, Hansen y C.^a, de Gotha, y toda la parte eléctrica de la Casa Siemens Schuckert. El nuevo grupo en montaje es de la Casa Brown, Boveri y C.^a la parte eléctrica y de la Escher Wyss la turbina.

Pero lo que al visitante, no iniciado en la mecánica, más sorprende y maravilla, es la presa de este magnífico salto. Alcanza, en efecto, unos 250 metros de longitud y 25 de altura. El canal de conducción de las aguas mide cerca de medio kilómetro de longitud.



Las tuberías del salto



Detalle de la maquinaria



CANTO A LA PATRIA BEOCIA

¿Sabéis, por ventura, de Tebas la historia?
 ¿Conocéis, acaso, sus triunfos, su gloria?
 ¿Guardáis de sus héroes alguna memoria?
 ¿Qué ignorante ignora que en Beocia nacieron
 varones que gloria a la Grecia dieron,
 que feliz honraron hasta que murieron?
 Beocio fué Píndaro, poeta famoso,
 la sin par Corinna, Orfeo glorioso,
 que á fieras amansa, y Hesíodo hermoso.
 ¿Osá s pronunciarlos contra sus paisajes,
 contra sus montañas, contra sus boscajes,
 contra sus tupidos verdes cortinajes?
 En cientos de bosques á Amor consagrados
 por faunos y sátiros jamás profanados,
 anidan felices benéficos hados.
 Aura, entre las frondas de mirto, se aspira,
 se eleva ondulante balsámica pira
 que al dulce poeta sus cantos inspira.
 Y entre sus olivos, cedros seculares
 y altivos cipreses á modo de altares,
 tienen nuestros Dioses magníficos lares.
 Lucen en sus templos gallardos los frisos;
 cuajan sus jardines los blancos macizos
 de los cynamomos y de los narcisos.
 Sencilla y suave, cadenciosa y cauta
 se ritma la vida en la leve pauta
 de los caramillos y al son de la flauta.
 Tapiz de esmeralda y encendidas flores
 inundan los valles de vivos colores

cual bálsamos dulces de dulces amores.
 Se enredan las vides por entre parrales,
 mostrando sus frutos de verdes cristales
 que del Dios Pan ungen las sienes triunfales.
 Por entre florida margen de abedules,
 desliza Kopais sus aguas azules
 de espuma de encaje, cual velo de tules.
 Borda sus orillas la espesa verdura
 de laureles rosas de ingrata amargura
 y un río que bulle s'n rencor murmura.
 ¿Visteis de! Cephyso la mansa corriente
 que en zig-zag voluble como una serpiente
 desliza su plata con brillo fulgente?
 La plata del río diuye ligera,
 y en las dos orillas, una doble hilera
 de erguidos pinares le escolta severa,
 Cerca, sobresaie grácil peristilo
 ornado por frisos de mármol de Milo
 que vigila el curso cual la esfinge al Nilo.
 Y en el bosque umbrío, notas pastorales
 que entonan faunos:os sistros sensuales,
 atraen á tiernas ninfas virginales.
 Las aguas del golfo profundo de Saros
 Reflejan la luna de mármol de Paros,
 guiñando su brillo cual inquietos faros
 Las cimas del Helko, siempre vigilantes,
 abrazan las nubes cual pétreos g'gantes,
 y amparan del trueno los ecos tonantes.
 Y en sus altas cumbres, del cielo vecinas,

sus riscos nevados y suaves colinas,
 anidan dichosas las musas divinas.
 ¡Oh, Corinto amable que en el goce ahondas!
 ¡Oh, el dulce suspiro de tus mansas ondas
 y el misterio virgen de tus verdes frondas!
 ¡Tebas florecida que allá, en tus confines,
 siembras el perfume de tus mil jardines
 cuajados de nardos, rosas y jazmines!
 ¡Oh, Tespia del alma! ¡Oh, ciudad querida
 ¡Patria entre las patrias, la urbe mas florida,
 la de gran acrópolis, por hiedra tejida!
 ¡Patria calumniada, tierra de delirio!
 ¡Tronchada en su cáliz de triste martirio
 cual tierna azucena, como un bello lirio!
 Tierra que perfumas todos tus dolores
 con la galanura de tus lindas flores
 que exhalan efluvios de gratos amores,
 ¿por qué sobre Beocia, con tenaz insidia,
 en el duro yunque de sutil perfidia
 cruel martillea sus golpes la envidia?

Guardad á la patria la fe más rendida,
 que, aunque fuese pobre y más desvalida,
 es la tierra amante que nos dió la vida.

Carlos GONZÁLEZ TORRES

Guillermo RITWAGEN

(De la obra inédita «Phryne»)

DIBUJO DE EGHEA

LA ESFERA
PÁGINAS ARTÍSTICAS



ESCARAMUZA, cuadro de Eugenio de Blaas

EL COLEGIO DE SAN BARTOLOMÉ, DE SALAMANCA

El «muy magnífico señor D. Diego de Anaya, Obispo de Salamanca y después Arzobispo de Sevilla y embajador en el Concilio de Constanza, que se halla enterrado en la Capilla de su nombre del claustro de la Catedral vieja salmantina, fundó en el año 1401 el famoso Colegio de San Bartolomé. El enterramiento de la Capilla de Anaya, con la estatua del fundador, está rodeado de una verja primorosa, obra maestra de la rejería española del siglo xv.

Parece que todo lo que tocaba á aquel personaje, en vida ó en muerte, había de ser, como su título, «muy magnífico».

Es curioso conocer algo de las primitivas *Constituciones* del Colegio.

Habían de ser los *becarios* (colegiales de «manto y beca») jóvenes de más de dieciocho años que hubiesen demostrado aptitud para el estudio, buenas cualidades, pobreza y limpieza de sangre (es decir, proceder de viejas familias cristianas, sin mezcla de judíos ni de moros). No había de elegirse más de un becario de la misma familia, y á veces de la misma ciudad.

La vida colegial era muy ordenada, religiosa y académica. A la mañana oían misa en la Capilla; por la tarde, á la *oración*, cantaban la *Salve*.

Durante las horas de clase asistían á la Universidad. Los sábados se ejercitaban en la *disputa* de cuestiones dialécticas. Todas las noches antes de acostarse se reunían en el salón, sentados los colegiales antiguos y de pie los noveles, y éstos escuchaban las advertencias y consejos, sobre su conducta, que les hacían los mayores. No se permitía hablar más que en latín. Y al salir del colegio habían de ir acompañados los becarios por un colegial ó un fámulo.

Los colegiales nombraban ellos mismos al Rector, y elegían también, por votación con juramento, á los mismos becarios que habían de ocupar las plazas vacantes. Las penas establecidas para los que se conducían mal tenían estos tres grados: el primero y el segundo consistían en la privación del vino durante una semana; el tercero iba acompañado de la expulsión definitiva del colegio, con pérdida de la beca.

Bajo una austeridad disciplinada, y regidos durante dos siglos más que por la letra muerta de un reglamento por la buena voluntad de los hombres que mantenían vivo el espíritu de la Institución, el Colegio de San Bartolomé llenó el mundo de insignes «bartolómicos», como se decía en un refrán de aquel tiempo. San Juan de Sahagún, el Tostado, el Cardenal Silíceo, ochenta y cuatro arzobispos y obispos, nueve virreyes, veinticuatro Presidentes de los Consejos reales, dieciocho embajadores y multitud de títulos de Castilla, comandadores caballeros de las órdenes militares se formaron en aquel «criadero de varones ilustres», que era el Colegio de San Bartolomé.

El espíritu de la Institución de los Colegios empezó á adulterarse no exigiendo la condición de pobreza para sus becarios. Es decir, en los Reglamentos continuaba escrita la condición, pero era letra muerta.

Y con la entrada de colegiales ricos, la vida de estudio y de austeridad empezó á relajarse. En los últimos tiempos se leen en los Estatutos

prohibiciones como ésta: «la de dejar entrar en el Colegio mujeres sospechosas».

Y lo que es más curioso, lo que enseña una vez más que no hay nada nuevo bajo el sol, es la aparición en la vida política de los Colegios, de esa *Institución* que modernamente se llama el *caciquismo*. Los caciques, que entonces se llamaban *hacedores* ó *valedores*, eran los que, habiendo sido becarios, ocupaban los primeros puestos en la gobernación del Estado, y se comprometían á *colocar* á sus camaradas y partidarios, los colegiales amigos, cuando fueran terminando sus carreras, obligándose estos últimos, dentro del Colegio, á no adjudicar las becas vacantes sino á los parientes y allegados de los *caciques* ó *hacedores*. Había además los *veteranos*, colegiales que nunca acababan la carrera y que, teniendo que salir del colegio á los ocho años de figurar entre los becarios, toma-

fructo que de ellos han hecho el Estado, la provincia y el Municipio.

Y llegamos al año actual. Al fin las oficinas del Estado que ocupaban el edificio de San Bartolomé han sido trasladadas á otros edificios, y en breve terminarán de desalojar el Colegio. La Junta tomará nuevamente posesión de él.

Un nuevo Reglamento, con la *Colegiación* de los becarios, informado ya favorablemente por el Consejo de Instrucción Pública, regirá en seguida que sea aprobado de Real orden.

Y aquí tenemos un caso admirable de vuelta al pasado, en el sentido más regenerador y noble de la palabra. Hoy, como en el siglo xv, se vuelven los ojos al espíritu de *colegiación*. Modernas *residencias de estudiantes*, con un ambiente de vida familiar, de alta vigilancia paternal, han venido á dar calor de hogar á la fría, á la anárquica vida del externado estudiantil. La

dejación casi absoluta de la función educadora de los padres, ha tenido que ser sustituida por la acción tutelar social. Lo bueno de la vida corporativa antigua se quiere armonizar con lo bueno de la libertad moderna, huyendo por igual de un internado de reclusión odiosa y de un externado de indisciplina absoluta.

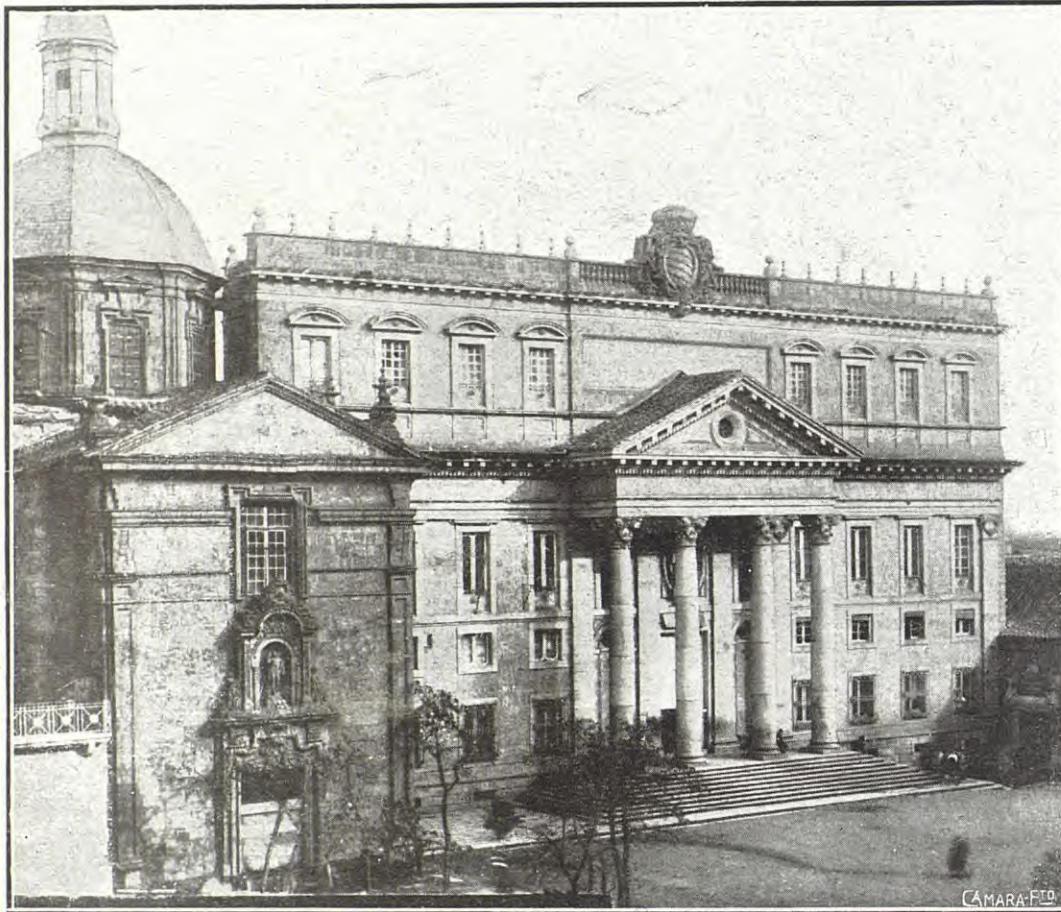
Yo no sé lo que la Junta de los Colegios Universitarios de Salamanca (á la que tengo el honor de pertenecer) acordará en su día del uso á que ha de destinarse el edificio de San Bartolomé. *Colegiación* de los becarios, *Residencia* de estudiantes españoles y extranjeros, Aulas de conferencias, Bibliotecas, Cursos libres por profesores eminentes... ¡quién sabe lo que la Junta proyectará llevada del entusiasmo que siempre ha demostrado por la Institución de los Colegios!

Séanos permitido pensar en una regeneración de la Universidad de Salamanca. Con un ambiente académico tan caracterizado como tiene todavía la ciudad del Tormes, si brindamos al estudiante extranjero que nos visita, atraído por el nombre histórico de la Universidad, con una *hospedería* (como se decía antiguamente) confortable, con calefacción, cuartos de baño, campo de juego para el cuerpo y bibliotecas, monumentos artísticos, vida intelectual para el espíritu, ¿no puede resurgir una Universidad del siglo xx tan importante como lo fué la del siglo xvi?

Un ruego, para terminar, al señor Ministro de Instrucción Pública. El Estado tiene instaladas en edificios pertenecientes á la Institución de los Colegios las dos Escuelas Normales, el salón de Gimnasia y el Jardín botánico del Instituto, así como ha tenido instaladas las oficinas del Gobierno civil hasta hoy y las de Hacienda y Telégrafos anteriormente en el edificio de San Bartolomé, todo ello sin pagar renta alguna. ¿No habría medio de recabar alguna subvención para ayudar á la Junta en los gastos grandes que ha de hacer en la reparación del Colegio de San Bartolomé para fines de instrucción pública tan importantes como los que hemos indicado?

¿No le agradecería al Sr. Burell llevar unida su firma á una restauración tan brillante de la vida universitaria de Salamanca?

JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA



Vista general del Colegio de San Bartolomé

FOT. GOMBAU

ban posesión de la *hospedería* y se hacían *huéspedes* eternos, viviendo y comiendo á expensas del Colegio.

En plena decadencia espiritual de la Institución se reedificó material y espléndidamente el Colegio de San Bartolomé (año 1760), levantando el precioso monumento de gusto clásico que se ofrece hoy á la admiración de todos—una prueba más de que el levantar magníficos edificios para la enseñanza no significa que la enseñanza exista. Aquí el órgano no crea la función.

La vida que arrastraban los cuatro Colegios mayores, á pesar de los soberbios edificios que poseían (el de San Bartolomé, el del Arzobispo, el de San Salvador y el de Santiago el Zebedeo), no podía ser más lánguida. El año 1798 tuvieron que ser clausurados de Real orden.

Vuelven á restablecerse en 1815 y se clausuran en 1821. Se crea, con las rentas de los Colegios mayores, el *Colegio científico*, en 1840 (en el mismo edificio de San Bartolomé), y se suprime el *Colegio científico* en 1846.

Desde ese año, y por una providencial asistencia, se ha sostenido la Institución de los Colegios, con una Junta administrativa que ha conservado intacto el capital de las Fundaciones hasta donde lo han permitido las leyes desamortizadoras. Y ha conservado la propiedad de los edificios hasta donde lo han consentido el usu-

LA GITANILLA



En la literatura española tiene vida inmortal la mujer errante que vaga por los pueblos y los caminos y posa en ventas y mesones, divirtiendo á la gente con romances de amor y coplas de picardía. Mientras haya poetas en el mundo, la Preciosa tendrá voz y aliviará con su arte nuestras jornadas.

También en la novela moderna y en el teatro

de nuestros días hay gitanas enamoradas y sentimentales. Recordemos aquella que Fernández Shaw poetizó en *La gitanilla*, una zarzuela injustamente olvidada; la que une sus amores á Jesús de Cevallos, en *Casta de hidalgos*, el libro prócer de Ricardo León; la que canta su desgracia, en *El mal de amores*, uno de los sainetes mejor observados de los hermanos Álvarez Quintero.

En la realidad, las gitanillas no son ni tan enamoradas ni tan bellas. Las Preciosas de hoy, por lo menos las que llegan á Madrid y á sus arrabales, más recuerdan á la maldiciente y arriscada mujer de *La buena sombra* que á la moza pintoresca y galana de la novela cervantina. Por ahí andan frecuentemente, desgredadas y sucias, recuerdo de la Preciosilla romancera.

FOT. BOURBE

EL MAESTRO CIRUELA



CÁMARA-FOTO

EL FILÓSOFO.—¡Adelante, amigo! ¡Aquí tenemos al famoso «Maestro Ciruela» que no sabía leer y ponía escuela!

EL MAESTRO.—¡Adelante el amigo filósofo que, de puro sutil, es inepto para las cosas vulgares de la vida!

EL FILÓSOFO.—¡No seas necio! Tú no sabes que el divino Platón dijo que serían dichosos los pueblos si los reyes fueran filósofos ó si los filósofos fueran reyes...

EL MAESTRO.—¡María Santísima! ¡Pobre pueblo! He leído no sé dónde que los Estados en que el poder estuvo en manos de los filósofos cayeron en la anarquía...

EL FILÓSOFO.—¿Qué sabes tú de eso! ¿Has hojeado siquiera la «Crítica de la razón pura»?

EL MAESTRO.—Ni falta me hace. El mundo vivió tan ricamente antes de escribirse esa ininteligible maravilla y tan ricamente sigue viviendo después de publicada. Deja, deja que los pobres angelitos se acerquen á mí, que con saber «leer, escribir, contar» y ser buenos, tienen bastante para ser hombres...

EL FILÓSOFO.—¡Desdichado Ciruela! ¿Ni siquiera les enseñas un poco de Gramática?

EL MAESTRO.—Hombre, ¿en qué quedamos? ¿No recuerdas que en un libro famoso dijiste tú mismo que «la Gramática era un suplicio del espíritu bastante para torturar la vida de un hombre»? ¿Qué suplicio no será la Metafísica? Ponte de acuerdo contigo mismo...

EL FILÓSOFO.—Ciruela..., confundes el rasgo ingenioso y la ironía sutil con la suprema razón de las cosas. Aquello fué una salida de buen tono. Pero aunque sea un suplicio... es preciso estudiar la Gramática.

EL MAESTRO.—Hombre, sólo por tu inconsecuencia, no quiero que mis niños aprendan á sufrir tan pronto. Además, no quiero hacer gramáticos, porque he notado que éstos suelen ser los peores escritores. ¡Anda, atrápame esa mosca paradógica!

EL FILÓSOFO.—¡Especialidad del Maestro Ciruela! Es preciso estudiarlo todo, hasta la Metafísica.

EL MAESTRO.—Es preciso estudiar las ciencias que más se aproximan al sentido común. ¿No recuerdas que también es tuya esta sentencia? Enseñarle á «leer, escribir y contar» al niño, es quitarle la venda al hombre... que al abrir los ojos ya cogerá la fruta, digo la ciencia, que más le convenga.

EL FILÓSOFO.—¿Qué herejía! ¿Tú crees que un hombre ignorante de todas las verdades puras puede vivir una vida intelectual superior á la de los cerdos de Epicuro?

EL MAESTRO.—¿Y tú crees que es posible que viva un hombre sin saber para qué sirve su mano derecha?

EL FILÓSOFO.—¡Yo quiero hacer sabios para hacer hombres!

EL MAESTRO.—Yo quiero hacer hombres primero; y si luego alguno resulta sabio, como tú, lo sentiré; algo hay que perder en la jornada.

EL FILÓSOFO.—¡Estás imposible, vejete intolerable!

EL MAESTRO.—¡Estás delicioso, filósofo inconsecuente! ¿No escribiste tú que «la ausencia de sabiduría hace agradable la vida»?

EL FILÓSOFO.—No hay cosa más tonta que tratar un asunto serio de una manera frívola, á la manera de los autores de comedias al uso...

EL MAESTRO.—¡Nada es tan peligroso como tener el sabio dos lenguas: una que dice la verdad, y otra lo que le conviene! Acuérdate que esta definición del sabio también es tuya.

EL FILÓSOFO.—¡Maldito seas, Ciruela, de todos los demonios! ¿No crees en la ironía metafísica? Pues eso es la paradoja de nuestra inconsecuencia...

EL MAESTRO.—Creo en la vida; porque también leí en otro libro tuyo que «el hombre se distingue del sabio en que se deja conducir por sus pasiones y éste las menosprecia para seguir los dictados de su razón».

EL FILÓSOFO.—¿Y eso es una insensatez?

EL MAESTRO.—Y grande; porque si todos fuéramos como el filósofo con que soñabas tú, esto es, un hombre exento de pasiones, seríamos

una quimera que no tendría nada de humano, un ser que ni ha existido ni existirá jamás, porque sería un monstruo de humo insensible al amor, al bien, á la compasión y á todos los nobles sentimientos del alma.

EL FILÓSOFO.—¡Iriríamos ganando, que también era insensible al odio, al mal y á todas las bajas y ruines pasiones!

EL MAESTRO.—¡Ya te pesqué en otra inconsecuencia! Muy orondo y satisfecho de tus afirmaciones, has dicho que «todos los animales se resignan con su suerte, mientras que el hombre pretende franquear los límites trazados por la Naturaleza á sus facultades» y es tu gran verdad: solo el sabio quiere dejar de ser hombre imperfecto para ser un dios... ¡Como si eso fuera posible!

EL FILÓSOFO.—¡Eres implacable, Ciruela!

EL MAESTRO.—¡Y tú altivo y terco! Pero ven acá, alma de Dios... ¿No comprendes que has querido burlarte del pobre y rutinario «Maestro Ciruela» y éste es quien se burló de ti echándote en cara las paradojas que tú mismo estampaste en tus libros?

EL FILÓSOFO.—¿Qué te propones con ello?

EL MAESTRO.—Que dejes en paz á los humildes y á los imperfectos..., dejando también algo de la sabiduría para ellos. Te va á ser imposible digerir tú solo toda la verdad...

EL FILÓSOFO.—¡La verdad es de todos!

EL MAESTRO.—¡Gracias á Dios! Ya te lo dije al principio: dejad que los niños se acerquen á mí, al pobre maestro ridiculizado por tantas generaciones y yo les enseñaré mi humilde verdad. Para mí los niños...

EL FILÓSOFO.—¡Para mí los hombres!

EL MAESTRO.—¡Seal! Pero no rompas el molde en que yo vacíe su corazón. ¡No quiebres el vaso de su felicidad, despertando ansias imposibles en él... ¡Si no, maldeciré tu sabiduría!

(Se abrazan casi reconciliados.)

B. MORALES SAN MARTÍN

FOTOGRAFÍA DE MARTÍNEZ SANZ

LA ESFERA

PANORAMAS ESPAÑOLES



EL DESFILADERO DE PANTICOSA

Fot. Hielscher

LA ESPERA

PANORAMAS ESPAÑOLES



HERMOSO PAISAJE DE LOS PIRINEOS (AL FONDO EL PICO DEL MEDIODÍA)

Fot. Hielscher



"El estanque de las ocas", cuadro de Francisco Llorens

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

EL PAISAJISTA LLORENS

ORGANIZADA por los Sres. Coll y Saliet, propietarios de la serie de álbumes *Ediciones Victoria* que tan excelente servicio de vulgarización están prestando á nuestros artistas, se ha celebrado recientemente en Barcelona una exposición de obras de Fernando Alvarez Sotomayor y de Francisco Llorens.

Ambos pintores figuran á la vanguardia del arte español actual. Ambos han llevado á Cataluña la expresión exacta, el verismo pintoresco, las psicológicas características de Galicia. En sus tipos y costumbres, Alvarez de Sotomayor; en sus paisajes, Llorens. Después de un largo período de inexpressión plástica, de incomprensible penuria representativa en los aspectos artísticos, limitada únicamente á la literatura de novelistas, poetas, cronistas é historiadores galaicos, encuentra al fin la admirable región norteña sus intérpretes pictóricos. Son los dos artistas capaces de completar con sus cuadros la emoción sugerida por los libros de los escritores. Personajes de la Pardo Bazán y de Valle Inclán son éstos que Sotomayor ha eternizado en sus lienzos notabilísimos. Y fué ante las mismas rías tranquilas y serenas, en la igual umbrosa frescura de corredoiras, en la ubérrima exuberancia señorial y romántica de los pazos que ahora inquietan el espíritu y absorben la visión de Llorens, donde Curros Enríquez y Rosalía, la divina, compusieron sus estrofas en las dulces y mimosas palabras del dialecto.

Poco á poco va afirmándose en todos los órdenes de la vida nacional este despertamiento de los entusiasmos por transmitir los diversos aspectos de cada región. Lejos de parecernos peligrosos tales entusiasmos, les creemos de manifiesta utilidad, de positiva colaboración en la obra máxima de engrandecer la patria y de ofrecerla con toda su integridad.

Y en lo que se refiere al arte, hoy día puede ya

empezar á decirse «pintura vasca», «pintura catalana», «pintura extremeña», «pintura castellana», «pintura gallega» con verdadera exactitud y sin temor á ulteriores rectificaciones. No tanto por la elección de tipos y de asuntos, sino por el hallazgo íntimo, profundo del espíritu de la raza á través de momentáneas influencias y pasajeras desorientaciones.

Así, estos dos pintores gallegos que ahora han encauzado su arte, como dos peregrinos su vida, en el retorno á la tierra que les viera nacer, llegan á la cabal expresión del alma y del paisaje gallegos después de una larga educación estética en los Museos y en las escuelas pictóricas del otro lado de nuestros horizontes.

A Fernando Alvarez Sotomayor ya se ha consagrado en estas mismas páginas el oportuno estudio (1). Hablemos ahora de su compañero el ilustre paisajista Francisco Llorens.

ooo

En la nutrida pléyade de paisajistas que hoy día ennoblecen y depuran la pintura española, tiene Francisco Llorens uno de los primeros puestos.

En más de una ocasión, antes del indudable renacimiento del paisajismo, nos dolíamos de que nuestro arte se asfixiara en el aire viciado de los muscos y exigíamos como necesaria é imprescindible reacción el aire libre, la escapada á los perennes—y siempre con frescura de inéditos—espectáculos de la Naturaleza. Significaría, además, la refutación de lo que hasta muy pocos años antes—á pesar de las sendas iniciadas por Muñoz Degraín, por Mir, por Rusiñol—se consideraba como cánón estético de la pintura de paisaje: la mediocridad insensibilizada y fotográfica del Sr. Haes. Sería también una cooperación á este

refinamiento de la vida nacional de que hablo en líneas anteriores: España se desbordaría en sí misma.

Afortunadamente ese momento ha llegado de un modo rotundo y definido. La última Exposición de 1915 así lo demostró con el gran número de lienzos consagrados á reproducir paisajes españoles. Y de ese número se destacaban *El valle de Samoeido* y *Mañana de Agosto en las marinas gallegas*, originales ambos de Francisco Llorens.

Francisco Llorens Díaz está en la plenitud de sus facultades, ya que comienza ahora la segunda mitad de su vida, en la que se vuelve la mirada hacia atrás, complacido del pretérito fecundo y antes de desgranar el futuro henchido de halagadoras promesas.

Nació en La Coruña el año 1876, y aún no había cumplido los veinte cuando se trasladó á Madrid é ingresó en el estudio de Joaquín Sorolla. Así como en otro tiempo fué el estudio de Emilio Sala punto de partida de muy notables artistas, luego encontramos casi siempre el estudio del autor de *Triste herencia* en los momentos iniciales de bastantes jóvenes maestros.

En los cuadros moceriles de Francisco Llorens no es difícil descubrir la zarpa luminosa de Sorolla, tan influyente en la técnica y en la visión de sus discípulos antes de encontrarse éstos la verdadera personalidad. Así Llorens, que había de expresar en notas delicadas, sutiles, finas, refinadísimas, la melancolía y nostálgica poesía de Galicia con cuadros que tenían la desvaída dulzura de una sonata de Schubert ó de Chopin, pintaba en sus comienzos de un modo agresivo, violento, vigoroso, con lumbradas de sol y con gruesos de color un poco sistemáticos.

El año 1899 concurre por primera vez á una Exposición Nacional y consigue una mención honorí-

(1) Véase el número 125 de LA ESPERA.

fica. Al siguiente logra la plaza de pensionado de paisaje en Roma.

Se reunía por aquella época de 1900 a 1904, en la Academia de Bellas Artes española, un grupo de artistas que ahora tienen prestigio y cuyo renombre y cuya influencia sobre las respectivas artes no puede ser más manifiesta. Compañeros de Francisco Llorens fueron entonces los pintores Chicharro, Sotomayor y Benedito, el escultor Marín y el arquitecto Flórez Urdapilleta.

Terminado el período de su pensión en Roma emprendió Llorens un viaje de estudio por Bélgica y Holanda. Alternaba los cuadros de figura con los de paisaje. De cómo eran excelentes también los primeros, dan cabal idea algunos retratos que hemos visto firmados por el ilustre artista, y sobre todo el cuadro *Campesinas de Flandes*, pintado en Brujas, que figuró en el Salón de Roma el año 1906 y fué adquirido por el Rey de Italia. Página de vigoroso realismo, de armónica composición era este lienzo que pudo hacer flaquear momentáneamente la verdadera personalidad de Francisco Llorens, que es la de paisajista.

En la Nacional de 1916 todavía esta personalidad no se había definido, ni encontrado el artista su verdadero mérito. Junto a los trozos de campiña romana bañada de sol, al lado de las feéricas costas de Capri, vi entonces varios cuadros evocadores de la melancólica amada de Jorge Rodenbach, el poeta de los silencios apasionados. Tenían aquellos lienzos, tan parcos de dimensiones como ricos en belleza sugeridora, la vaga emoción,



FRANCISCO LLORENS
Ilustre pintor español

la nostálgica tristeza, el seductor misterio enfermizo de los cuadros de Alberto Baertsoen.

Su envío de tercer año de pensionado, *La encina*, y en el que ya comienza a asomar lo que luego sería tendencia definitiva, fué premiado en la Nacional de Madrid é Internacional de Barcelona de 1906 con sendas terceras medallas.

Dos años después obtenía segunda medalla con *Pastoral*, cuadro de grandes dimensiones é impregnado de esa paz esplendorosa, de esa bucólica quietud á toda luz que causan las obras de algunos modernos maestros holandeses. Segunda medalla también, y en el mismo año 1908, conseguía en la Internacional de Buenos Aires el cuadro *Mar de Capri*.

Comienza entonces la segunda época de Francisco Llorens. Su pintura se sutiliza, adquiere nuevos matices de distinción, de sobriedad, de elegante simplicismo. Torna á Galicia y ve á Galicia de un modo distinto de como la vieron paisajistas anteriores á él. Ya prometen la tendencia reposada, tranquila, de serenas transparencias, de suaves acordes cromáticos, de pinceladas tenues sus envíos á la Nacional de 1910, y la ratifican los paisajes *Calma*, *Hora de rezos*, *Pinos y eucaliptos* y *Ría del Burgo*, presentados en la Exposición regional celebrada en el Centro Gallego de Madrid el año 1912.

Pero donde culmina esta tendencia, en la que se muestra con característicos rasgos la verdadera personalidad del ilustre artista, es en sus cuadros *El valle de Samoeo*, *El valle esmeralda*, *La*



"Campesinas de Flandes", cuadro de Francisco Llorens



"Rincón de una ría gallega"



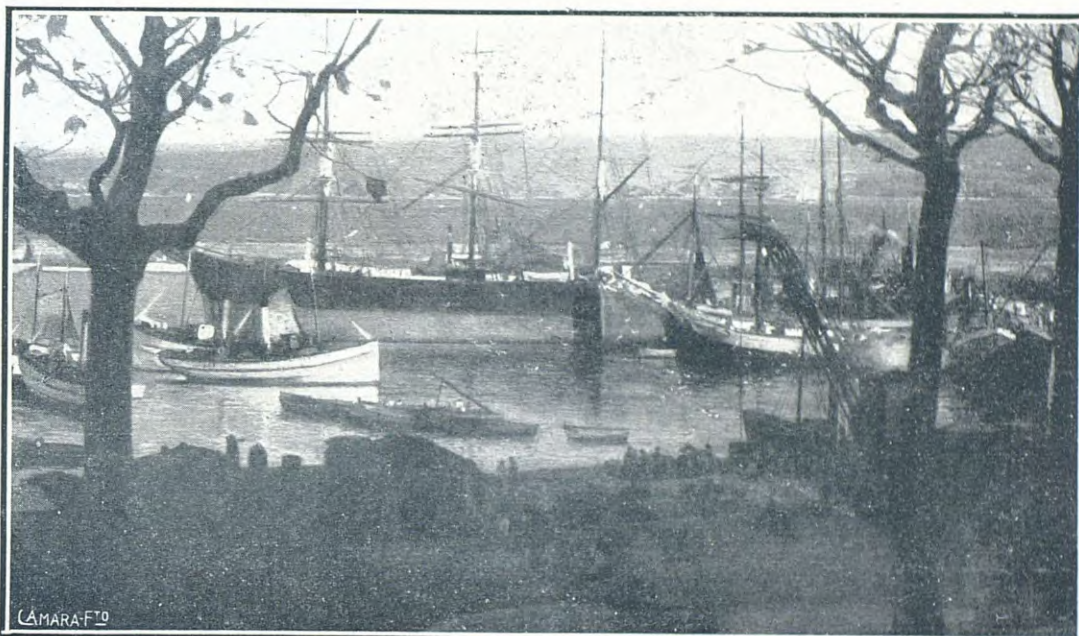
"En el parque"

barra, Prados y maizales y Mariñas gallegas.

Por último, la labor realizada por Francisco Llorens en la presidencia del Círculo de Bellas Artes no ha podido ser más digna de elogio.

Durante el año 1916 Francisco Llorens ha prestado no pocos servicios a la cultura estética de nuestra patria, entre ellos la organización de la Exposición Anglada Camarasa, en la cual el ilustre paisajista luchó con hostilidades sistemáticas.

También inauguró la serie de exposiciones del Palace Hotel, donde el Círculo de Bellas Artes justifica de modo espléndido y ampliado más allá de los límites de sus listas de socios, su honrosa significación en el arte contemporáneo. Tal es la historia de este notabilísimo artista cuya reputación es



"El puerto"

digna de sus obras. Estas obras en las que la fidelidad en la interpretación del paisaje y de las rías y marismas galaicas alcanza elevada y noble perfección.

Obras bañadas en euritmica luz que han cumplido el despertar de las adormecidas bellezas del agro; que expresan la romántica dulzura ó el ímpetu bravo de Galicia; obras a las que pudieran ser aplicadas como interpretación de su magno símbolo aquellas estrofas del «Ben chegado» de Curros Enríquez:

Pasa, noite d'as fadas
en que Dios dorme, é s'acobarda á xente;
qu'as párpados pechadas
d'o meu rolo inocente
quérense ó rayo abrir d'o sol fulgente.
¡Ouli, sol! Ti que alesouras
á lus que exparse á brétema sombría;
li qu'os ouleiros douras
é inundas d'armonía
O ceo, á terra, ó mar, á tarde, ó día.

José FRANCÉS



"Tarde de lluvia en Coruña"



"Mar de Capri"

(Cuadros de Francisco Llorens)



LA BALADA ALEGRE

OTRA deserción de Colombina... Pierrot caminaba espectralmente, seguido de unos borrachos, que al fin se cansaron de esco'tar al molinero, que muele con la luna por rueda de piedra. Luego marchaban unos gatos negros y de ojos fosfóricos y tras el fantasma que lloraba en silencio y entre los maullidos de los pequeños diablitos de cuatro patas. Por fin, el infeliz salió a despoblado, y allí se ha rendido en la nieve, la nieve que iba acumulándose en el cuerpo desmayado, y poco a poco convertía el trágico personaje en uno de esos monigotes informes que los estudiantes de escultura improvisan en los paseos y jardines públicos... Un esfuerzo supremo y vuelta a la caminata, y ahora bajo el cielo estrellado y en la crudeza del aire que viene de las heladas montañas... Torna a caer Pierrot y los

astros se guñan unos á otros con malignidad sarcástica...
—Colombina... Colombina...

Reanimase, resucita el moribundo al sentir la vaguedad de un perfume inefable... En esto, comienza á oírse una cancioncilla con versos y música picarescos... He ahí á Colombina... ¿De dónde llegará, con sus haldetas demasiado inquietantes, por ser con exceso pueriles, con su maquillado de cupletista de un *music-hall* infernal?

—Colombina...

Trasciende la mujer á aventura con Arlequín ó, lo que es peor, con el señor Polichenela. Huele á tabaco tu'co y á *champagne*... Sostiene con las dos manitas un minúsculo paquete, el precio de la voluptuosidad proporcionada, acaso un cofrecillo con joyas... Pierrot delira y cree que ese co-

frecillo será el ataúd de un corazón... Ensayá á llamar á la amada con los nombres íntimos de las desvanecidas horas felices...

—Bebé, amorcillo, nenuca... Muñeca...

Al mismo tiempo, con manos que son garras, destroza el estuche y caen al suelo algo así como unas bolas que han aromado el aire, que encienden los celos y la ilusión en Pierrot, que hacen desfallecer á la ingrata...

—Colombina...

—Con la ayuda de Arlequín, acabo de robar su mejor tesoro á don Polichenela... Está arruinado... Ya tengo su inapreciable jabón FLORES DEL CAMPO, y con el cual, tú y yo, amor mío, conseguiremos todas las fragancias primaverales en esta noche invernal...

Dibujo de Penagos